

Condiciones para seguir a Jesús

Mateo 16, 21-27

Jesús: Después de hablar con Pedro sobre la misión que tengo para él en el mundo y en la Iglesia, les digo a mis discípulos que Yo debo ir a Jerusalén y sufrir mucho por parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas. Que me van a matar. Y que voy a resucitar al tercer día.

Muchos de ellos se ponen tristes y no comprenden por qué deben pasar así las cosas. Pedro me lleva aparte y se pone a decirme: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te pasará eso!” Pedro me dice que no está de acuerdo con mi plan de dar la vida para salvarlos.

Pero Yo, me vuelvo a él y le digo: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Estorbo me eres, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres».

Satanás, significa contrario. Y le digo así a Pedro, porque se opone a la voluntad de mi Padre y a la mía, que es redimirlos por medio de mi Pasión y mi Muerte.

Pedro no entiende las cosas que son de Dios, sino las de los hombres.

Entonces Pedro ya no se deja guiar por Dios, sino por su propia manera de ver las cosas.

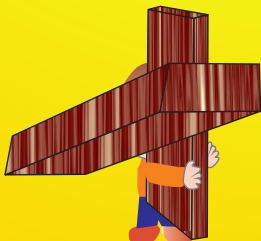
Por eso, va en contra de lo que Dios quiere.

Se ve la diferencia que hay con alguien que sigue su propia manera de pensar, que él mismo, con la ayuda de la gracia de Dios.

Sé que es difícil comprender esto. Pero te amo tanto, que doy mi vida por ti. Yo soy capaz de renunciar a mí mismo, de negarme y de sufrir mucho, para salvarte.

Pero quiero que también tú seas como Yo, y que me sigas. Por eso les digo a mis discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame».

Negarse a uno mismo, es ser capaz de hacerse uno nada por amor a Mí. Cuando tú te haces nada, Yo puedo ser todo en ti. Hacerse nada, es ponerme a Mí por delante. En lugar de poner tus gustos, tus expectativas, tu egoísmo, tu soberbia, tu orgullo, etc. me pones a Mí, con mis criterios, con mis deseos para ti. Y Yo quiero lo mejor para ti.



Tomar la cruz, es lo mismo que estar dispuesto a dar la vida por amor. Es tomar la decisión de morir al mundo, para vivir por Mí. Por eso, aun cuando me quieren quitar la vida, Yo sé que nadie me la quita, sino que Yo mismo la entrego primero, porque quiero.

Seguirme, es no verse a uno mismo, ni ver al mundo, sino mantener los ojos fijos en Mí.

«Porque el que su alma quiera salvar, la perderá. Pero el que pierda su alma por Mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, y pierde su alma? ¿O qué dará a cambio el hombre por su alma?».

Seguirme a Mí es la mejor inversión. No gastes tu vida siguiendo a alguien más. Te aseguro que no vas a encontrar la felicidad. Yo vengo al mundo para mostrarte el camino de la verdadera felicidad. Y Yo soy el Hijo de Dios, Yo no me equivoco. Confía en Mí. Pues Yo, como el Hijo del hombre, voy a venir en la gloria de mi Padre, con mis ángeles, y entonces pagaré a cada uno según sus obras.

Por eso quiero que me sigas y que tengas vida en abundancia.



Héroes entre nosotros

Cuando Diocleciano y Maximiano Herculeo son Emperadores, envían a la isla de Bretaña, que ahora es Inglaterra a Constancio Cloro, como gobernador. Lo recibe Coel en su casa. Él es el principal de la isla. Y tiene una hija, yo, que me llamo Elena. Constancio cree que soy hermosísima y muy honesta. Por eso, me pide como esposa. Me caso con él. Y tenemos a Constantino, nuestro hijo, que después va a ser un gran Emperador.

Los Emperadores Diocleciano y Maximiano Herculeo renuncian al imperio. Uno en Milán y el otro en Nicomedia, en Turquía. Diocleciano nombra a Maximiano Galerio. Y Maximiano Herculeo a Constancio Cloro como Césares y gobernadores del Imperio. Pero a condición de que Constancio me repudie como su legítima esposa y se case con Teodora, que es hija de la mujer de Maximiano.

Y así lo hace Constancio, aunque con mucho pesar, porque me ama. Pero lo hace para asegurar el imperio y evitar muchos problemas. Cuando él muere, deja como sucesor de su imperio, aunque tiene tres hijos de Teodora, a Constancio mi hijo.

Constantino, por la gracia de Dios, se convierte en señor absoluto y monarca de todo el Imperio Romano.

Yo me hago cristiana antes que él. Constantino es bautizado por el Papa San Silvestre. Y yo ayudo para que mi hijo, con tanta piedad y magnificencia, construya muchos hermosos templos a Cristo nuestro Redentor y haga llegar su santo Nombre a muchos lugares.

Esto molesta mucho a los judíos. Cuando ven, que al que habían crucificado sus antepasados, es tenido y adorado como verdadero Dios y Señor de todo lo creado, por el mismo Emperador y los grandes de su imperio. Por eso, pretenden rebelarse. No solo con las armas, sino que tratan de convencernos a mi hijo y a mí, de cambiar de religión.

Nos dicen que tomemos su religión, tan noble, tan antigua y dada por el mismo Dios y confirmada con tantos milagros y prodigios divinos. Y no la de un hombre, que por alborotador, como ellos dicen, fue muerto en un madero, entre dos ladrones.

Para calmarlos, se da la orden de que vengan a Roma, los más sabios de los judíos y que hagan un debate con el Papa San Silvestre, acerca de su religión y la de los cristianos. Y así se hace. El santo Pontífice, en presencia del Emperador y mía, los convence y los confunde de tal manera, que no saben qué responder y se quedan callados. Con esto, nuestra santa fe queda victoriosa. Y cada día va creciendo y propagándose más.

También estoy yo, junto con el Emperador, mi hijo, en el Concilio Romano que celebra San Silvestre.

En Nicea, en el año 325, se celebra el famoso Concilio de los 318 obispos. Y se condena la perversa doctrina del malvado Arrio y de sus seguidores.



Después de este Concilio, tengo la revelación del Cielo de ir a Jerusalén y visitar los Santos Lugares, consagrados con la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador. Y buscar en ellos el estandarte glorioso de la Cruz, con que Él venció al enemigo de la humanidad. Y triunfó sobre todo el poder del infierno.

Yo ya estoy grande, pero tengo muchas ganas de encontrar tan precioso tesoro y manifestarlo al mundo. Al principio tengo muchas y grandes dificultades. Pero luego, el mismo Señor me guía y me descubre con evidentes milagros, esta joya preciosísima y digna de toda reverencia.

Es la misma Cruz, en la que murió nuestro Señor, para darnos la vida.



¿Cómo la encuentro? Después de muchas y muy profundas excavaciones, desde la profundidad del hoyo llega un grito prolongado. Y después otro. Y otro.

¡Madera! ¡Madera! ¡Madera!
Yo caigo de rodillas.

El obispo Macario de Jerusalén, mira dentro del hoyo. En la multitud se hace el silencio. Incluso los pájaros y los insectos parece que se han vuelto mudos. Solo se oyen los golpes de un azadón.

El obispo Macario se pone de rodillas. Un instante después todo el mundo está arrodillado.

Desde el fondo del hoyo van surgiendo tres cruces.
Ya están arriba.

Yo intento ponerme de pie, pero no puedo. Entre el obispo Macario y Simón me levantan, tomándome cada uno por un brazo. Las rodillas se me doblan cuando camino. Me tambaleo hasta el pie de las tres cruces. Me pongo a sollozar y el cuerpo entero me tiembla.

Uno de los que han excavado trae un pergamino. El obispo Macario lo ve. Y reconoce los restos de los caracteres hebreos, griegos y latinos. Es el cartel que mandó escribir Pilato. Así es que una de las tres cruces tiene que ser la verdadera Cruz. ¿Pero cuál?

Llevan a una mujer agonizante. Al tocar la primera cruz, la enferma se agrava. Al tocarla la segunda, queda igual de enferma de lo que estaba antes, pero al tocar la tercera cruz, la enferma recupera al instante la salud.

Entonces Macario, el obispo de Jerusalén, y miles de devotos llevamos la Cruz en procesión por las calles de Jerusalén. Y por el camino nos encontramos con una mujer viuda, que lleva a enterrar a su hijo muerto. Se acercan a la Santa Cruz, y el muerto, resucita.



Esto es de gran provecho para la Santa Iglesia Católica. Porque con tan grande y poderosa fe, los cristianos se alientan y se reprime a los infieles. Y el Emperador Constantino se confirma más en sus buenos propósitos. Y la devoción y veneración del Madero Santo, comienza a extenderse y se propaga nuestra Santa Religión, que florece por todas las partes del mundo.

Entonces mando edificar un gran templo junto al Monte Calvario, donde encontré la Santa Cruz. Otro en la cueva de Belén, donde nació Jesucristo, el Verbo eterno, venido a nuestra carne mortal. Y el tercero, en el lugar de la Ascensión del Señor. Enriquezco estos templos con muchos y muy preciosos dones.



Luego visito los monasterios de vírgenes dedicadas a Dios. Lo hago con tanta modestia y humildad, que yo misma me visto como pobre. Cuando comen, les doy agua y les sirvo los platos. Y lo hago de rodillas. Yo, que soy la emperatriz, madre del Emperador, las trato como si fuera su criada, porque ellas son criadas y esposas del Señor.

Recorro así otros lugares santos. Y construyo 30 iglesias en Jerusalén y las ciudades cercanas.

Regreso a Roma.

Y a los 80 años, en presencia del Emperador Constantino, mi hijo, y mis nietos, después de darles muchos consejos y mi bendición, me voy a gozar en la eternidad, del fruto y gloria de la Cruz, que tanto busqué y encontré. Muero el 18 de agosto.

Soy mamá de un Emperador, pero más importante es que pude conocer, amar y servir con todo mi amor a Jesucristo. Y hacer que todo el mundo lo adore, lo ame y lo sirva. Me negué a mí misma. Tomé la Cruz. Y seguí a Jesús.

Tú haz lo mismo.

Erika M. Padilla Rubio